



CAPÍTULO XXVII

*Vindicación de la Eucaristía contra los errores
de estos cuatro últimos siglos*

SUMARIO

Siglo XVI.—I. Luteranos.—II. Calvinistas.—III. Sacramentarios.
Siglo XVII.—I. Jansenistas.
Siglos XVIII y XIX.—I. Indiferentistas.—II. Racionalistas y liberales.
—III. Masones ó francmasones.

SIGLO XVI

I. Inmensos combustibles se estaban preparando desde el siglo XV, cuando á principios del siguiente, un hombre de diabólico espíritu, habiéndolos dispuesto en elevada pira, y aplicado á ellos la chispa voraz de sus atrevimientos, determinó un incendio nunca visto, en el que ardieron las conciencias de muchos incautos. Este hombre era Lutero. Nacido en 1483, y educado en la lectura de los libros genéticos, por más que era cristiano y religioso, su espíritu estaba compenetrado del paganismo. Su vocación al estado monástico se debió á la muerte de un amigo suyo, causada por un formidable rayo cuando ambos iban juntos. Entró en la religión de S. Agustín, mas la religión no entró en él, así que, poseído de satánico orgullo, no esperaba sino una ocasión para dar á conocer sus perniciosas ideas. Nadie ignora cómo se aprovechó de la comisión dada al dominico Tzel para la predicación de las Indulgencias, comisión que Lute-

ro esperaba lograr para su Orden; por lo cual, viendo fallidas sus esperanzas, tomó pie, aunque sin fundamento, para manifestar su injusta cólera, la que convirtió para sostener proposiciones contrarias á la doctrina de las Indulgencias. Desde entonces, Lutero, con más ó menos vehemencia y con celajes ó sin ellos, predicaba contra el Pontífice, usando expresiones como éstas, cuando escribía á Spalatino, secretario del Elector de Sajonia: «No me atrevo á decidir si el Papa es el Antecristo, ó un Apóstol del Antecristo». Con semejantes blasfemias y otras que añadía contra el Salvador y su Divina Madre, Lutero escandalizaba los pueblos, sembrando en sus moradores gérmenes que tardaron bien poco en desarrollarse y dar su maléfico fruto. Todo esto unido á los excesos de su incontinencia y de su furor, que no puede describir la pluma sin extremecerse, dan á conocer quién era Lutero, y qué tal debía ser su doctrina, dimanada de un corazón soberbio, furioso y lascivo.

Los errores que propagó sobre la Eucaristía como Sacramento, y uso de esta palabra *propagar*, porque lo que hizo Lutero, no fué inventar, sino propagar las herejías de los Petrobrusianos, Sacramentarios y Widefitas, los dejamos mencionados al tratar de *La Eucaristía y los Evangelistas*, á donde remito al lector; mas los que difundió contra este mismo Misterio, considerado como Sacrificio, es asunto de este lugar, por más que nos contentaremos con resolver los argumentos de Lutero, sobre la Misa.

Vamos en primer lugar á citar las palabras del padre de la mal llamada Reforma, que escribió en el libro *De abroganda Missa*, con doble objeto; 1.º para que el lector vea la malicia de este impío y en 2.º lugar, para combatir mejor sus fútiles argumentos. «Las Misas, dice, que se llaman sacrificios, son una suma de idolatría, de impiedad y de perversidad, antes bien: és negar á Cristo el uso de las Misas que tienen el título de sacrificios». Luego la legítima conclusión de estas expresiones es que su autor no reconoce en la Misa un verdadero Sacrificio. Para probarlo, sienta Lutero cinco argumentos que no tienen fundamento alguno.

1.º—«La Misa, dice, es cierta conmemoración de la cena del Señor, en la cual, Cristo juntamente con sus apóstoles, cenó estando próximo á la muerte; ahora bien: en esta ocasión, Cristo no sacrificó, ni ofreció su cuerpo y su sangre, sino después, á saber: cuando murió en la cruz: luego el sacerdote en la Misa, ni sacrifica, ni ofrece á Dios el cuerpo y sangre de Cristo». Lutero acaba de formular un argumento, pero un argumento falso, porque su primera parte carece de una condición principal de que debiera estar revestida; y la segunda, no solamente es una solemne mentira, sino una atroz calumnia inferida al Salvador; luego la consecuencia es falsa. Lo probaremos todo. Lutero asegura que la Misa es cierta conmemoración de la cena del Señor; y á la verdad: si entiende por esta cena aquélla en la cual el Redentor de los hombres dió á los apóstoles su cuerpo y sangre, la Misa es su conmemoración; pero si entiende la cena legal ó la común que tuvieron lugar antes de aquélla, afirmo que la verdad no está en su boca, ni en su pluma; además: aun cuando la Misa sea cierta conmemoración de la cena del Señor, (cena que hemos tomado en la primera acepción) sin embargo, es más principalmente conmemoración de la Pasión de Cristo, según lo advierte S. Pablo. «Cada vez que comiereis de este pan y bebiereis de este vino, anunciaréis la muerte del Señor» y esta es la condición principal de que debiera estar revestida la primera parte del argumento de Lutero, para ser lógico. Su segunda parte es falsísima y en ella mintió el padre de la triste Reforma, y digo que mintió, porque Lutero sentía en su corazón, según poco antes confesaba con su boca, que Cristo Nuestro Señor, en la última cena, sacrificó y ofreció su cuerpo y sangre á su Eterno Padre.

Á la verdad, Jesucristo Nuestro Señor sacrificó en la última cena y ofreció además su cuerpo y sangre como sacrificio. «Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre»; mas ¿lo ofreció á Dios? Jesús, levantando los ojos al cielo, dió gracias á su eterno Padre, y, humillándose, se entregó á Él como espiritualmente muerto, al modo que realmente lo habían de eje-

cutar de allí á pocas horas los judíos, con su sagrada Persona. Éste es el espíritu de la Iglesia, eco fiel de la verdad, que se puede observar en el canon de la Misa. De manera que el Sacrificio del altar no se diferencia del de la cruz, sino accidentalmente, á saber: en cuanto al modo de ofrecerse; por lo cual es verdadero sacrificio. La santa Iglesia Católica anatematiza á todo aquél que diga lo contrario, y afirmar que lo que se ofrece en la Misa no es el mismo Cristo que se da á nosotros en comida (1). Por lo tanto la conclusión que obtiene Lutero de su argumento, á saber: que el sacerdote en la Misa, ni sacrifica, ni ofrece á Dios el cuerpo y sangre de Cristo, es enteramente falsa.

En vez de probar el impío Lutero la segunda parte de su argumento, que aunque quisiera, jamás podría, pretende demostrar la consecuencia, aduciendo para ello aquel texto de S. Juan. «Ejemplo os he dado á vosotros, para que de la manera que yo lo hice, lo practiquéis también vosotros». Yo no sé, qué es lo que puede probar con esta divina autoridad; porque no se refiere al acto de la cena, sino á la acción de haber lavado Cristo los pies á sus discípulos. El Salvador pretendió por estas frases indicar á sus discípulos que practicasen la humildad unos con otros, no precisamente mediante aquel acto, sino en otros semejantes. Además, estas palabras las pronunció el Salvador antes de la cena, luego, ¿cómo pueden referirse á la Institución eucarística, ni menos probar por ellas lo que desea Lutero? Aun concediéndole que se refiriesen á la cena; si Cristo Nuestro Señor sacrificó en ella y ofreció su cuerpo y su sangre al Padre; *Pro me laboras*; porque entonces se desprende de las mismas que manda á sus discípulos y sucesores que sacrifiquen y ofrezcan lo que Él sacrificó; mas si Cristo no sacrificó, como falsamente pretende este hereje, entonces podré argüirle con Alonso de Castro: «Si por las palabras de San Juan citadas, quiere Lutero que todas las cosas de la Misa se han de practicar á imitación de Cristo»; ¿por qué él per-

(1) Trid. sess. 22, can. I.

mite á los suyos que celebren la Misa delante de mucha ó de poca gente, siendo así que Cristo consagró la mística cena delante de solos doce apóstoles? ¿Por qué, celebrada una Misa, permite que se celebre otra al día siguiente, siendo así que Cristo celebró una cena tan sólo? ¿Por qué después de celebrar la Misa Lutero, no se dispone para ser azotado y morir en una cruz como lo hizo el Salvador? (1) En estas inesperadas consecuencias incurre, quien es inconsecuente consigo mismo.

2.º—Mas veamos si en el segundo argumento es más feliz. Dice, «que si los católicos afirmamos que la Misa es sacrificio, despojamos á Jesucristo Nuestro Señor del grande honor de sacerdote eterno.» Y da la razón Calvino (2), sosteniendo que Jesucristo, siendo constituído sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec, y estando sentado á la diestra de Dios Padre como tal sacerdote, todo presbítero ú obispo que sacrifique en la Misa, pretende robarle de su solio y le arranca su dignidad; á más de que por este medio se hacen ellos sustitutos de Cristo, despojándole de la misma, como es consiguiente.—Pero precisamente acontece todo lo contrario; pues Jesucristo es sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, por cuanto que, ofreciendo éste pan y vino, también lo ofreció Jesús en la última cena, y sigue ofreciéndolo Él mismo todos los días; Él es el que consagra y se sacrifica á su Padre mediante sus ministros; por lo cual éstos no le despojan de la dignidad, sino que en cierto modo se la conservan. Á Lutero respondemos, que á él toca probar primero su infundado argumento, que nosotros le contestaremos después que él lo haya demostrado. Mientras tanto le respondemos lo mismo que á Calvino.

3.º—El tercer argumento de Lutero es el siguiente: «La Eucaristía es testamento, luego no es sacrificio ofrecido por los sacerdotes». Para el efecto, se detiene en probar en qué consiste el testamento, á fin de obtener la conclusión

(1) Adv. hæres. lib. X, Missa.

(2) Cap. 18 instit. Christianæ, § 50.

mencionada; pero lo hace tan insulsamente y sin provecho alguno, que causa fastidio. La fuerza principal de sus pruebas está en las palabras del Señor: «Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros». Mas examinemos sus primeros ratiocinios. «El testamento, dice, es la promesa del testador, mas el sacrificio se ofrece en el altar; pugna entre sí el prometer y el ofrecer». Á lo cual respondo que no tengo necesidad de contestar, si el testamento es promesa del testador, y á todo lo demás que va relatando y que no quiero insertar por no causar molestia, porque todo el edificio que va fundado sobre la palabra testamento viene al suelo por no entenderla como se debe. Por lo tanto, arrancando el cimiento, viene abajo toda la fábrica. Dice Jesucristo: «Este cáliz es el nuevo Testamento en mi sangre...» Por estas palabras, se significa que así como el Antiguo Testamento fué confirmado con sangre de toros y machos cabríos, así el Nuevo fué confirmado con la sangre de Jesucristo, contenida en el cáliz, que había de ser derramada cruentamente en la cruz, Nuevo Testamento ó alianza de Dios con los hombres. Así todos los expositores, siendo este el sentido genuino de las palabras de S. Lucas, que con tanta violencia pretende corromper Lutero. Además, aun cuando los sagrados exégetas no comentaran el texto de S. Lucas, como por otra parte este evangelista no difiere en nada, en cuanto á la substancia, de S. Mateo y S. Marcos, lo que encontremos obscuro en aquél, debemos aclararlo por éstos. S. Mateo y S. Marcos, en efecto, dicen terminantemente: «Ésta es mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada... etc...» Luego Lutero no puede cogerse á la palabra *testamento* para enseñar su doctrina contraria al dogma católico, porque por estas palabras, la sangre que se contiene en el cáliz, denota que es del Nuevo Testamento, ó nueva alianza que Dios, por medio de su Hijo, hace con los hombres. Desvanecida la interpretación que el padre de la Reforma daba á la palabra Testamento, se desvanece por consiguiente todo cuanto dijo apoyado sobre la misma.

4.º No menos infundado anda en el cuarto argumento. «La Eucaristía, añade, es don de Dios, pues Cristo dijo: Tomad y comed de él todos. Luego no puede ser nuestra oblación porque luchan entre sí, don y oblación; á más de que uno no puede ofrecer rectamente á otro lo propio que recibe del mismo». Que la Eucaristía sea don de Dios, nadie lo puede negar; y lo es tanto, que no hay otro don más excelente de todos cuantos el Eterno dispensó al hombre; pero de que la Eucaristía sea don, se haya de seguir precisamente que no pueda ser á un tiempo oblación, de ningún modo puede concederse á Lutero; no obstante, porfía é intenta dar su prueba. «Luchan entre sí, dice, don y oblación». Á lo cual respondo, que gramaticalmente lo concedo, pero no formalmente, porque en este caso, ninguna cosa de las que posee el hombre, podría ofrecer á Dios en testimonio del supremo gobierno que el Señor ejerce sobre todo lo existente. Es cierto, además, que todo cuanto poseemos, nos viene de Dios, lo cual no es otra cosa que don gratuito. Sin embargo, estamos obligados á ofrecerle homenajes convenientes, particularmente sacrificios; ahora bien: ¿y qué es lo que hemos de ofrecerle sino parte de estos mismos dones, ya que el hombre no posee otra cosa? Los israelitas ofrecían bueyes y corderos, y Dios se daba por complacido. Luego si la Eucaristía es también don, no será extraño que pueda ser ofrecida á Dios, y que el sacerdote la ofrezca, mayormente habiéndoselo preceptuado el Redentor de los hombres. He ahí por que no luchan entre sí el don y la oblación, como tampoco es cierto que no puede uno ofrecer rectamente á otro lo que del mismo recibe, ya que David, dirigiéndose á Dios, le dice: «Oh Señor, tuyas son todas las cosas, y te damos las que hemos recibido de tu mano» (1); y la santa Iglesia, en el ofrecimiento que hace á Dios en la Misa, después de haber consagrado, le dice... «Ofrecemos á tu preclara majestad de tus dones dados, la hostia pura, la hostia

(1) *Tua sunt Domine omnia, et quæ de manu tua accepimus, dedimus tibi. I. Paralip. 29.*

santa, la hostia inmaculada, el pan santo de vida eterna y el cáliz de salud perpetua».

5.º No se contenta el padre de la triste Reforma con aducir cuatro leves dificultades para probar que la Eucaristía no es sacrificio; sino que prosigue de esta manera: «Uno mismo no puede al propio tiempo ofrecerse y recibirse; luego el sacerdote no puede decir que ofrece la Eucaristía, recibéndola toda él mismo. Es naturaleza del sacrificio que se ofrezca todo á Dios, y nada se deje para los hombres. ¿Por qué, pues, los sacerdotes comen todo el pan y beben todo el vino, sin dejar nada para Dios? Esto, más es quitar á Dios y darlo á nosotros, que ofrecerlo á Dios; hay, pues, repugnancia entre la Misa y el sacrificio, porque el sacrificio se ofrece y la Misa se recibe». Hasta aquí el impío. Cualquiera que ignore en qué consiste la esencia del Sacrificio y el fin para que fué instituído, tal vez se dejara llevar de la corriente de semejantes falacias, ya que todo el mencionado argumento no es más que un tejido de ellas. Dice en primer lugar: «Uno mismo no puede al mismo tiempo ofrecerse y recibirse». Ciertamente no pueden los puros hombres, pero sí Jesucristo, quien ofrece su cuerpo y sangre á su Padre, pero no se recibe Él mismo, sino que es el sacerdote quien le recibe como simple fiel.

«Es naturaleza del sacrificio, que se ofrezca todo á Dios y nada se deje para los hombres», añade Lutero. Á lo cual respondo: que si éste habla de la ofrenda, en cuanto que de nuestra voluntad se ha de ofrecer toda á Dios, concedo; pero si es en cuanto que Dios la ha de recibir toda como si se la comiera, lo niego rotundamente. Esto queda confirmado por los sacrificios del pueblo israelítico, que, siendo de una parte verdaderos, de otra eran ofrecidos al Eterno y comidos luego por los sacerdotes oferentes. Por lo cual dice Alonso de Castro, ¿acaso comía Dios todo cuanto le ofrecían? Luego no es extraño que los sacerdotes de la Ley nueva ofrezcan á Dios la ofrenda de su Hijo, y coman después á Éste para completar el sacrificio.

Tengamos paciencia con Lutero, porque aun no ha con-

cluído. Forceja en que la Misa no puede ser ofrecida por los pecados, ni que puede aprovechar á los vivos y difuntos, sino sólo al sacerdote; pero en tan pocas palabras se hallan reunidas tres herejías. En efecto: 1.º La Eucaristía se instituyó para remisión de los pecados, del modo que dejamos ya indicado. «Ésta es mi sangre, dice Jesucristo Nuestro Señor, que por muchos se derramará para remisión de sus pecados». Luego miente Lutero. 2.º «Todo Pontífice tomado de entre los hombres, es puesto á favor de los hombres en aquellas cosas que son de Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados» (1). Luego Lutero no está en la verdad. 3.º «Si alguno dijere, añade el Tridentino, que el sacrificio de la Misa, sólo aprovecha al que lo recibe y no por los pecados, penas, satisfacciones y otras necesidades, sea excomulgado» (2). Luego la proposición de Lutero está condenada como absurda y herética. La segunda y tercera herejía del autor del protestantismo suenan así: «El Sacrificio de la Misa no puede aprovechar á los vivos y difuntos». Mas esto es falso, porque siendo este sacrificio un bien común para toda la Iglesia; todos participan de él, como miembros que son de ella: luego debe de aprovechar al menos por los vivos, sean justos ó pecadores. Que aproveche por los difuntos que están en gracia de Dios, ó sean las almas del purgatorio, por modo de sufragio satisfactorio, es indudable, ya que así lo aseguran los SS. Padres con la Iglesia, la cual anatematiza al que se atreviere á afirmar lo contrario. «Si alguno dijere, que el sacrificio de la Misa no aprovecha por los vivos y difuntos, sea excomulgado» (2).

Acerca de la preparación de los que han de comulgar, lanzó el impío Lutero un funesto error. Enseña que no es necesario el examen de conciencia, ni menos la confesión de los pecados mortales, sino que basta la fe, con la cual crean los recipientes que recibirán en efecto la gracia del Sacramento. No es extraño que el padre de la *¿graciosa?*

(1) Ad Hebr. V, 1.

(2) Trid. sess 22, can. 3.

Reforma propalase un error semejante, pues lo que realmente quería con esto era paliar sus enormes pecados, no dejar las ocasiones de los mismos, y hacer creer al mundo que él y sus discípulos eran devotos, y que por consiguiente su doctrina era pura. Para rebatirles, no tenemos más que presentarles dos preciosas autoridades, que no las podrán recusar. Dicen así: «Pruébese el hombre á sí mismo, y así coma de aquel pan y beba del cáliz». ¿Qué es esto de probarse el hombre á sí mismo? No otra cosa que examinar escrupulosamente su propia conciencia, con objeto de ver si existen en ella méritos ó deméritos, virtudes ó pecados: y si se hallaren éstos últimos, deben deponerse antes por medio de la sacramental confesión, teniendo contrición ó al menos atrición de ellos. Y la palabra probar no tiene otra significación, formalmente hablando, pues cuando decimos: á fulano le han probado, intentamos decir, que le han reconocido, examinado, palabras que significan una misma cosa; y por este reconocimiento y examen le han hallado capaz de obtener lo que se pretendía. Por lo tanto: esto mismo debe hacer necesariamente cada uno. Porque según añade el mismo Apóstol: «Quien come y bebe indignamente la Eucaristía, come y bebe su propio juicio». ¿En qué consiste esta indignidad? Nosotros llamamos indigno al que carece de méritos, ó no tiene disposición para adquirir algún favor. Si esto es así, el que está en pecado mortal es indigno de recibir al Señor, porque el pecado grave, apartándole de Dios, le hace su enemigo. He aquí cómo por San Pablo, tiene demostrado Lutero que es necesario el examen y la confesión de los pecados para poder recibir con fruto al Señor. Además, como el Sacramento de la Eucaristía se instituyó por modo de comida para el alma, resulta: que si un cuerpo muerto no puede tomar alimentos materiales, tampoco el alma estando muerta por la culpa, puede recibir el alimento por excelencia espiritual. Pero si replica Lutero que basta la fe para que el cristiano obtenga los efectos de la Eucaristía: le respondo además de lo dicho, que la fe no justifica por sí sola, antes bien, ha de ir acompañada de la